

I

Se encontraba Beatriz la morisca, sentada junto al cuerpo inerte del custodio del arca de las tres llaves, su marido don Francisco García de Salcedo. Sus hijos, Aldonza y Diego, que a pesar de su juventud eran los encomenderos de Arequipa y Huánuco, se dirigían a toda prisa acompañados por sus escoltas y consejeros a la Ciudad de los Reyes, con el fin de presentar los últimos respetos a su progenitor e ilustre finado.

El frío y la humedad invernal de aquel veintiocho de mayo de 1556 se sumaban al dramático momento, penetrando hasta el último rincón del palacio, haciendo más dura y difícil la situación.

Beatriz había superado hacía tiempo los cuarenta años, y a pesar de su edad madura, no había perdido la esbeltez y frescura de aquel cuerpo de mujer que habían deseado los más importantes nobles y prohombres del reino de Granada; belleza que en la penumbra de la sala deslumbraba aún más.

Los restos mortales del veedor, vestidos con un caftán negro, reposaban sobre un catafalco cubierto de terciopelo en el que resaltaba su escudo de armas, bordado en seda y oro. Cuatro gruesos cirios, sobre peanas de plata ricamente labradas, parpadeaban junto al difunto desgarrando la oscuridad del salón. En cada uno de esos parpadeos los cuarteles del escudo reflejaban la procedencia familiar del finado, el tronco común vizcaíno,

las hazañas y servicios que aquella familia había prestado a lo largo de los siglos a la historia de España.

Los restos mortales de uno de los hombres más ricos y poderosos del virreinato habían sido cuidadosamente arreglados para recibir el último homenaje de sus correligionarios, amigos y deudos.

La cabeza de aquel cuerpo rígido y frío, cubierta con una gorra de terciopelo negro, reposaba sobre un almohadón del mismo color, donde destacaba en seda y oro, a cada lado de su cabeza, el escudo de armas de los García de Salcedo, que ella había bordado desde el dolor de los últimos días del trágico final.

La vestimenta que le acompañaba en el último viaje resaltaba su cara cérea, enmarcada por una poblada y pulcra barba gris que Beatriz de Salcedo había recortado con sumo cuidado, después de muerto su marido. La marmórea y afilada nariz y sus ojos hundidos y cerrados, indicaban el definitivo sueño. Sobre el cuerpo, a nivel del abdomen, sus brazos se unían con las manos entrelazadas en cuyos dedos se había colocado un rosario de oro y coral. Las puñetas de encaje blanco en que terminaban las mangas del traje realzaban las manos del difunto, restándole importancia a la gruesa cadena de oro que fijaba el gran medallón, que reposaba sobre su pecho, donde también figuraba su escudo de armas.

Enmarcado por los dos gruesos cirios del cabezal, sobre un atril de madera labrada, había una pintura de un ángel protector. La tez blanca, de cara infantil con dulce mirada, atraía con fuerza la atención de los presentes, en cada parpadeo de los cirios. Sus ropajes blancos, casi etéreos, al tiempo que embellecían la cara de la imagen daban vitalidad a la pintura, enfatizada por las amplias alas que salían de las espaldas del ángel.

Todo estaba dispuesto y pintado en el cuadro para resaltar el fusil que sobre su hombro derecho portaba aquel espíritu parcialmente humanizado, que parecía proteger al difunto.

—Refleja el mundo en que vivimos —comentó uno de los

presentes — . Vinimos a estas tierras a difundir la fe. Hemos pasado la vida luchando, primero contra los indios, luego entre nosotros; matándonos unos a otros hasta el extremo de que incluso a los ángeles los hemos hecho guerreros.

Ajena a aquel comentario, a unos dos metros del féretro, ella meditaba en silencio, vestida de riguroso luto de la cabeza a los pies, con la única excepción de una vieja pulsera de cobre labrada, de la que nadie conocía su procedencia, y una colosal esmeralda, que lucía en su pecho reflejaba el lagrimeo de los cirios por todo el salón.

Periódicamente, su mano derecha secaba con sumo cuidado las lágrimas de sus grandes y verdes ojos marcados con lápiz de kohl. El pañuelo de encaje bordado era, cada poco tiempo, cambiado por una de sus criadas, que sollozaban tras unas cortinas, en la esquina de aquel lúgubre lugar.

Otra vez estaba sola, pensó; como cuando siendo niña perdió a sus padres y hermanos en España, en las montañas del reino de Granada, donde había nacido y transcurrido su corta infancia. Acababa de perder a la persona que más había querido y amado desde la muerte de su padre, un ser excepcional, que había sido para ella mitad padre, mitad esposo. El primer hombre, y a la postre el único, que la había respetado voluntariamente en su vida.

Beatriz giró la cabeza y vio el rostro sin vida de su marido. En ese instante su mente voló, como albatros solitario, cruzando los Andes, el lago Titicaca, y las llanuras argentinas, para penetrar en el Océano Atlántico y tras atravesarlo, alcanzar sus montañas granadinas. Llegó a su casa en El Reul Bajo, junto a Laroya, ¿qué significaría ese nombre? Solo sabía que estaba en las estribaciones de la Sierra de los Filabres y que quizá los cartógrafos nunca lo recogerían en sus mapas. «Si es que aún existía algo de lo que allí dejó y recordaba».

Su familia, desde hacía generaciones había vivido en una casa de dos plantas, en la ladera soleada de una empinada montaña.

Sus antepasados, según le contó su padre, habían allanado aquel lugar para construir su casa, que generaciones posteriores ampliaron hasta dejarla como ella la recordaba. Tres casas más de parientes, junto a la era donde trillaban el grano y que compartían en verano las cuatro familias, constituían el pequeño núcleo urbano donde había nacido.

La mezquita, actual iglesia, donde tenían que ir a orar sin falta todos los domingos, se encontraba a dos leguas¹ de distancia, por unas veredas escarpadas, que solo podían transitarse con mulos.

— ¡Ah! mi mulo colorao — suspiró —, un cruce de caballo y burra, de una estampa envidiable y una fortaleza que quisiera tener ahora ella.

Y su mula Blanca, ¿por qué le habrían puesto de nombre Blanca si era parda como el mulo? Cosas de su hermano Donato — pensó — o quizás era por la jarapa, especie de manta blanca, que le ponían encima cuando iban los domingos a la iglesia. ¡Ya no lo sabría nunca!

— Señora, señora, ¿os pasa algo? Debéis descansar. ¿Os traigo una menta de vuestro escritorio? — preguntó su ama de llaves y persona de confianza.

Beatriz giró la cabeza hacia ella, más serena, y esbozando una triste y apagada sonrisa le indicó:

— No, Isabel, no me ocurre nada, es solo un viejo recuerdo.

— ¿Necesitáis confidencia mi señora? — le sugirió con respeto, al tiempo que hacía un gesto para que se retiraran las otras sirvientas.

— No, gracias, ahora no. No te preocupes, me encuentro bien, la menta la tomaré más tarde.

La menta, que había hecho traer de Granada, era ofrecida por

1. Una legua corresponde a cinco mil quinientos metros.

la señora en las fiestas o reuniones especiales que su marido periódicamente daba. Consistía en una infusión fresca y relajante, que ella prefería a la coca que los nativos utilizaban.

Era, por su exótico sabor, por lo que se la solicitaban todos los asistentes a aquellos eventos.

Para aquellos hombres procedentes de los reinos de España, muchos de ellos con antepasados árabes, las fiestas de los García de Salcedo eran la ocasión de unir lazos, afianzar relaciones y programar negocios y aventuras de conquista.

Allí, entre sorbos de menta y licor, se narraban aventuras de ricas tierras al sur de la Ciudad de los Reyes. Tierras pobladas por indios que cristianizar y oro que conquistar. Tierras tan ricas que permitían enterrar a los difuntos vestidos con trajes de oro.

El camino era difícil, había que atravesar grandes desiertos, cruzar inmensos bosques de árboles milenarios y superar montañas aún más altas que las vistas hasta ahora.

Pero nada de eso importaba, la atracción del oro y la ambición de poder y riqueza de aquellos conquistadores era superior a cualquier dificultad que imaginarse pudiera.

Para Beatriz de Salcedo, la menta representaba más que eso; era un lazo de unión con el Viejo Mundo, con sus raíces en el reino de Granada, con sus orígenes, con su patria, con aquello que le habían robado siendo niña ¡su familia!

Su padre, Aben Xeva, al que todos llamaban Pepe Álamo, por la gran estatura y fortaleza de su cuerpo, era un hombre afable y cariñoso del que solo tenía buenos recuerdos y agradables palabras. De sus manos de piel curtida por el trabajo, ella siempre había recibido dulces caricias, suaves como el terciopelo.

Recordaba que era el quinto de once hermanos, tres de los cuales vivían con sus hijos en El Reul Bajo. El resto tenían sus familias más arriba, en las montañas, en una población más grande llamada El Reul Alto y a la que en una ocasión se había desplazado con motivo de una boda, acompañando a su madre.

Si bien ahora solo conseguía recordar los vestidos y pañuelos de colores que todas las mujeres lucían, que hacían volar al aire al son de la música y los cantos, mientras bailaban y comían dulces. Unos dulces de almendra con miel, cuyo aroma y sabor nunca había podido olvidar.

Todos, su padre y tíos, vivían del campo, del cultivo de las moreras, del trigo, del almendro y de la miel gracias a los cuales nunca habían sufrido privaciones; hasta aquel desdichado día en que aparecieron aquellos hombres dejándola sola, tan sola como lo estaba ahora.

En su recuerdo, esbozó una sonrisa, que ninguno de los criados presentes pudo entender.

Si estando sola y siendo niña —pensó— he conseguido llegar hasta aquí, y alcanzar la posición que tengo, ¿qué se me puede resistir ahora, con cuarenta y seis años y todo lo que he vivido? En ese momento, un niño de unos siete años, ajeno a la situación, intentaba decirle algo a su madre que llamó la atención de Beatriz. Esta, girándose, le ordenó:

—Tráelo, aproxímate —le indicó.

—Perdone señora, yo no quería...

—Déjalo, acércate, ¿me tienes miedo? Ven, ven aquí conmigo, te contaré una cosa.

La madre, una joven india, empujó al niño mestizo, a la vez que le decía con la cabeza baja:

—Pedro ve con la señora, haz lo que te ordena.

La criatura, con cara asustada y ojos temerosos, se aproximó lentamente hasta llegar junto a ella. Beatriz, acariciando su lacio pelo negro, le dijo en voz baja:

—¿Sabes una cosa? Hace muchos años yo fui niña igual que tú. Vivía en un país lejano —y le preguntó— ¿quieres que te cuente como era?

El crío, pasando de la desconfianza al asombro, asintió con la

cabeza, mientras todos los sirvientes lo miraban sin alcanzar a entender lo que estaba ocurriendo.

— Yo vivía en un país allende de los grandes mares, llamado España. Mi padre se llamaba —dudó un instante— José, Pepe Álamo...

— Mi papá se llama Andrés —interrumpió el niño en voz baja mirando a un indio, de tez oscura y nariz chata, con el cual no mantenía ningún parecido.

— Muy bien, Pedro, yo también tenía una mamá. Se llamaba Amalia —quedó en silencio y por su mente pasó el recuerdo del eco, que de montaña en montaña y de valle en valle cruzaba la sierra, cuando la llamaba ¡Sheila! ¡Sheila! Hasta que, sin saber por qué, un día le ordenaron que nunca más la llamara así, que el nombre de su madre era Amalia—, tenía cinco hermanos más...

— Yo soy solo —aclaró la inocente criatura.

Beatriz miró a la joven india que estaba junto a su marido y en un tono dulce, con deje de amargura, le dijo:

— No te preocupes, pronto tendrás más hermanos —hizo una pausa—. Así podrás jugar con ellos. ¡Estos bastardos de conquistadores no están nunca satisfechos! —exclamó con rabia—. Mientras, él la miraba sin entender la expresión.

Acarició de nuevo la mata de pelo negro del niño, que ahora, más relajado y confiado, la miraba con unos ojos tostados como el café y abiertos como platos, le preguntó:

— ¿Y tú jugabas con ellos?

Beatriz sonrió — Sí, claro.

— ¿Y a qué jugabas?

— A cazar perdices y palomas salvajes, criar y contar gusanos de seda, a multiplicar el grano...

— ¿Cómo se juega a eso?

—Verás, a cazar aves silvestres, mis hermanos mayores, que se llamaban Donato y Luis, no querían llevarme con ellos, pues decían que eso era cosa de hombres, y que yo les espantaba la caza. Pero siempre, por una u otra razón, conseguía acompañarles.

Para cazar las perdices, los días que no tenían trabajo en el campo, cruzábamos un río que corría junto a mi casa y, montados en una mula, subíamos a la montaña que había al otro lado del cauce.

—¿Qué es una mula? —preguntó el niño.

—Es un cruce —instintivamente miró a la india—. Bueno, es como un caballo un poco más bajo, pero más fuerte y resistente. Se cansa menos y se adapta mejor a las dificultades².

Como te contaba, subíamos a la montaña que se encontraba frente a mi casa y que mi hermano Donato ya había estudiado; observando por donde andaban y revoloteaban las perdices con sus cantos, los días de sol otoñal. En el lugar donde él indicaba hacíamos una trampa para cazarlas. Consistía en un agujero cuadrado en el suelo, como esa losa —le aclaró indicándole un espacio de unos cuarenta centímetros de lado—. El hoyo tenía una pequeña inclinación en la entrada que bajaba hacia el fondo del mismo. Luego extendíamos granos de trigo por los alrededores hasta conformar un caminito que conducía a la trampa. En el fondo de esta poníamos más trigo y, encima, sujeta con un palo, una losa más grande que el agujero.

—¿Qué es una losa? —preguntó él, interesado por lo que le contaba.

—Es una piedra plana que pesaba poco y que no podía rodar —y continuó—. La perdiz, buscando comida, encontraba los

2. La mula o el mulo es un animal híbrido estéril que resulta del cruce entre una yegua y un burro o asno. Cuando el cruce es entre un caballo y una burra o asna recibe el nombre de burdégano; más débil y frágil que el mulo o la mula.

granos de trigo, que iba comiendo uno tras otro, hasta llegar al borde. Al ver lo que había en el interior se metía dentro para comerse el trigo y al mover el palo que sujetaba la losa, esta caía tapando la trampa y con la perdiz dentro. Como si hubiese quedado dentro de una caja. Sin poder escapar.

El niño la miraba con cara de admiración, mientras su madre a unos metros, se encontraba más relajada al contemplar como su hijo parecía mitigar el dolor de la señora.

—Cuando habíamos puesto muchas de estas trampas, descendíamos hasta la ladera del río. Allí entre dos árboles muy altos, mis hermanos tendían una red muy grande que tensaban; debía tener siete varas³ de largo por cinco de alto, aunque a mí me parecía que tuviese cientos de varas, era casi tan grande como este salón —la criatura la miró con ojos asombrados al oír aquellas dimensiones—. Al atardecer, con la puesta del sol, bandadas de palomas pasaban por allí a gran velocidad, golpeándose contra la red, y muchas de ellas quedaban atrapadas. Acababan colgadas como higos.

El niño seguía mirándola con cara de felicidad, cuando a la entrada de la sala se escucharon pasos que ascendían por la escalera.

Ella suspiró profundamente y, volviendo a la realidad, hizo un gesto, desapareciendo madre e hijo como por encanto, a la vez que anunciaban desde la puerta:

—Doña Beatriz, sus deudos de Cajamarca. ¿Da permiso para que le presenten sus condolencias?

Al oír esto, con su mano izquierda acarició la gruesa esmeralda que colgaba sobre su pecho, al tiempo que con la mano derecha se secaba, en un gesto instintivo, el borde de los ojos.

—Que pasen —respondió con tono firme, recomponiéndose en el sillón.

3. Una vara castellana corresponde a 0,838 m.

Apareció por la puerta del amplio salón un grupo de no menos de diez personas, entre hombres y mujeres, que representaban a muchos más. Todos ellos bajitos, de piel morena y edades indefinidas; vistiendo ponchos y polleras de colores, tocados con gorros de tonos vivos hechos de lana con largas orejeras, que tras hacer una reverencia ante el féretro, se postraron de bruces ante su señora.

—Señora, tuvimos noticias del deceso a través de la paloma mensajera y nos pusimos en marcha hacia la ciudad —le expresó el cabecilla de la expedición.

Al oír esto Beatriz, mientras acariciaba su esmeralda, se preguntó mentalmente si quizás alguna de aquellas palomas que de niña atrapaba, debía ser mensajera.

—No —se respondió de inmediato—, nunca comentaron sus hermanos haber encontrado un mensaje atrapado a la pata de una de sus capturas.

Sonrió levemente, habían sido cientos y cientos las aves que en otoño desplumaban para tras escabecharlas, guardarlas en orzas con aceite a fin de poder comerlas cuando llegaban las nieves del invierno.

Además, en aquellas montañas del reino de Granada no existían nobles, solo odio, muerte y guerra que terminaron por arruinar su infancia y la de todos sus familiares.

Su ama de llaves, viéndola abstraída en el tiempo, tosió, y haciendo un gesto, indicó a los recién llegados que podían retirarse.

—Atendedlos y dadles de comer —ordenó ella en ese momento.

El rostro de los recién llegados reflejaba los días con sus noches, que caminando sin descanso, a veces guiados por sus llamas, una especie de equino andino, por quebradas y barrancos, en la oscuridad de la noche, habían tardado en llegar a La Ciudad de los Reyes.

Isabel les comentó en voz baja:

—La señora está muy afectada, antes de marcharos os recibirá para dar órdenes.

Ellos se miraron y quedaron en espera de que decidiera Beatriz de Salcedo, indicándoles cuál sería su futuro. El tiempo para aquellos hombres no contaba. Desde que llegaron los conquistadores solo habían recibido y cumplido órdenes. Sus vidas habían sido un transcurrir entre trabajo, órdenes y espera.

Mientras sus siervos y esclavos, aunque ella no quería llamarlos así, se retiraban para acomodarlos y darles de comer en el patio situado junto a las cocinas de la casa, Beatriz se preguntó:

—¿Por qué le he dicho a Pedro que jugaba a multiplicar el grano? Aquello era un trabajo, un duro trabajo que toda la familia, especialmente mi padre y hermanos realizaban, desde que sembraban el trigo en primavera, hasta que se segaba y palveaba en la era, al final del verano.

Aquello era lo más duro —pensó—, la siega, el acarreo de las gavillas de trigo a la era y posteriormente trillarlas. Aquel grueso trillo con rodillos de piedras de pedernal, que sus mulas, Parda y Blanca, arrastraban en un círculo sin fin, fustigadas por el chasquido del látigo y la voz de su hermano Donato. Él, llevándola entre las rodillas le hacía creer que viajaba en la más hermosa de las carrozas, mientras el trillo palveaba las gavillas.

¡Qué pena que la trilla y el venteo durasen solo unas semanas! ¿Qué habría sido de aquel trillo? ¿Estaría colgado en la pared de algún pajar?

Rió, rió franca y sanamente junto al cadáver de su marido, mientras sus sirvientes sorprendidos la miraban. Beatriz recordaba cómo su padre reprendía la poca laboriosidad de uno de sus hermanos, diciéndole: «[...] eres más vago que el trillo, once meses parado sin hacer nada, y el mes que trabaja, son las mulas las que tiran de él».

A su mente venían las noches estrelladas en que toda la fa-

milia dormía en la era, tapados con mantas, para protegerse del relente; esperando que a la llegada del día se evaporasen aquellas perlas transparentes que la noche había dejado sobre sus pertenencias, para poder seguir con el venteo de las espigas que separaba el grano de la paja.

Era en aquellas noches estrelladas del verano, cuando Amalia, su madre, le contaba historias de princesas, de jóvenes doncellas castas y puras, de las que el emir durante sus cacerías por la montaña se había prendado llevándolas a sus palacios para tomarlas como esposas.

Allí conoció la historia de amor más bonita que podía existir. Recordaba cuando le contó que un frío día de otoño, por las montañas del reino caminaba un hombre con su familia de regreso a casa. Al pasar por la orilla del río que descendía de las nevadas montañas en las que vivían, encontró un caballero ricamente vestido tendido en el suelo. Parecía muerto. Aquel hombre, protegiendo su familia se acercó a ver quién era. De inmediato se dio cuenta de que no estaba muerto, tenía un golpe en la cabeza pero respiraba con normalidad.

Lo llamó:

— ¡Señor! ¡Señor!

No respondía. Lo movió, pero tampoco reaccionó. Aquel desafortunado necesitaba ayuda. Tras hablar con su mujer, tomaron una decisión. Si lo dejaban allí, moriría; si antes los animales salvajes no se lo comían. Decidieron cargarlo en su mulo y llevarlo a casa donde lo cuidarían.

Aquel hombre, su mujer y su hija cargaron con el desconocido y tras dos días de marcha llegaron a su casa. Allí lo cuidaron hasta que sanaron sus heridas. La hija del matrimonio, una joven doncella, veló por él día y noche. Hasta que totalmente recuperado, no recordaba quién era, de dónde venía ni qué le había pasado.

Transcurrieron los días y el desconocido se adaptó a la nueva situación, colaboraba en las labores del campo y de la casa; ca-

zando para la familia y practicando las oraciones que alababan a Dios, daba largos paseos junto a la hija de su salvador, contemplando las nevadas montañas, mientras le hablaba de ciudades y lugares lejanos.

Un día, cuando más felices eran los cuatro viviendo en familia, apareció un grupo de caballeros árabes que, de inmediato reconocieron al desconocido. Poniéndose de rodillas aquel grupo de hombres, daba gracias a Alá por haber encontrado a su señor el emir Abdalá, príncipe y señor de aquel reino donde se encontraban.

Tras unos minutos de confusión, de hablar con los recién llegados, Abdalá reconoció a sus súbditos y recordó su vida y su historia. De inmediato sus súbditos lo pusieron al día de lo ocurrido y de la situación del reino, conminándole a que volviera de inmediato a su palacio.

Al comprender la joven la situación, lágrimas de amor vinieron a sus ojos, que se transformaron en tristeza al verlo partir.

El emir les dejó el dinero y provisiones que llevaban sus súbditos y les prometió que volvería a visitarlos, que no los olvidaría nunca y partió para hacerse cargo de su reino y palacio.

Los días transcurrieron, los meses pasaron y la joven volvió a recuperar la alegría junto a sus padres, a los pies de aquellas montañas cubiertas de nieves perpetuas, donde había vivido siempre.

Cuando había pasado casi un año de la marcha de Abdalá, un día en que no lo esperaban, apareció el emir con su séquito en casa de la joven. Las riquezas de sus vestiduras, la importancia y número de su corte, y el séquito que le acompañaba hicieron sentir miedo a aquella familia sencilla.

Nada más llegar Abdalá habló con los padres de la joven, pidiendo desposarse con ella.

La alegría por el futuro y felicidad de su hija se mezclaba con la tristeza de perderla. El emir, al darse cuenta de la situación

de los padres de la joven, les propuso que la acompañaran a la corte y que les daría un palacio donde pudieran vivir cerca de su hija. Así, estando cerca de ella, cuando lo desearan podrían regresar también a sus campos donde desde ahora pondría hombres para que los cultivaran.

Los padres accedieron, y todos partieron para el palacio del emir en la ciudad. Se instalaron allí y celebraron una gran boda, en cuyas fiestas participaron todos los súbditos de la ciudad y de otras partes del reino, venidos para la ocasión.

La felicidad de la pareja era tal, que faltaban días para realizar proyectos y satisfacer ilusiones. El emir hizo construir un hermoso palacio en la cima de una colina desde donde se contemplaba toda la ciudad y los valles que la circundaban.

Un día la princesa enfermó. Era un mal difícil de diagnosticar, aparentemente estaba sana, no le dolía nada, pero le faltaban fuerzas y ganas para realizar las cosas más simples, como comer o dar un paseo. Con la llegada del nuevo día se sentía triste y solo tenía ganas de llorar.

Ante tan extraño mal y no sabiendo los médicos cómo tratarlo, el emir tomó la decisión de recurrir a los reinos vecinos. Vinieron médicos y sabios de los más lejanos lugares, y propusieron sin éxito los más variados diagnósticos y peregrinos tratamientos.

La salud de la princesa se deterioraba, a la vez que aumentaba la tristeza del emir, que a pesar de su poder no podía dar solución al problema de su amada.

Cuando habían perdido toda la esperanza, apareció un joven médico de un lugar lejano, y tras examinar a la princesa le dijo al emir:

— ¡Yo sé lo que tiene vuestra esposa!

Él, incrédulo y decepcionado, pues había oído esta afirmación muchas veces, le respondió:

— ¿Y qué tiene la princesa?

— ¡El mal blanco! —lo miró sorprendido, incrédulo. Era la primera vez que oía este diagnóstico.

— ¿Qué es esa enfermedad? ¿Dónde radica su mal?

— Es un mal del espíritu que consume el cuerpo. Está producido por la melancolía.

— Explicaos mejor. No os entiendo —le pidió el emir rodeado de toda su corte, que miraba al joven médico, más sorprendidos aún que su señor.

— Sí, vuestra joven esposa nació y creció en un lugar donde la nieve siempre la acompañó, interiorizándola hasta sin saberlo, hacer de ella algo vital como comer y respirar.

Todos los presentes seguían la explicación atónitos, mientras él continuó:

— Debe regresar periódicamente a ese lugar donde el blanco de la nieve debe dar de comer a su espíritu, como el pan lo da al cuerpo.

— No podemos irnos al lugar donde vivía, yo no puedo abandonar la ciudad. Tenéis que encontrar una solución.

— La situación no es fácil. Dejadme unos días para pensar.

— Se os darán todos los medios necesarios y dispondréis de lo que deseéis para curar a mi esposa.

Pasaron varias semanas, en las que el médico habló y habló con la princesa sobre flores y frutos, sobre el emir y su pueblo; sobre el palacio y los jardines. Tras mucho hablar analizó la situación. El anhelo de la princesa era ver al menos una vez al año las montañas blancas. Él estaba seguro de que eso la curaría.

Tras mucho meditarlo, tomó una decisión. Sembraría todos los campos hasta donde alcanzaba la vista de almendros, ciruelos y naranjos. De inmediato se dirigió a reunirse con el emir, al llegar a su presencia le dijo:

— Señor tengo la solución para curar el mal blanco que padece vuestra esposa...

—Decidme ¿cuál es la situación? —le interrumpió él, lleno de felicidad.

—La solución es que vuestra esposa, al menos una vez al año, vea los campos blancos.

—Esto es imposible, ¿cómo lo vamos a conseguir si hace más de cuarenta años que no ha nevado en estas tierras?

—No es necesario —el emir lo miró perplejo.

—Sí, si sembramos los campos de almendros, ciruelos y naranjos lo habremos conseguido. Además recogerá el fruto, la almendra y la ciruela pasa para dar de comer a vuestro pueblo.

El emir meditó la respuesta y tras valorar la propuesta le dijo:

—Pondré mis ejércitos, mi gente a vuestra disposición para desarrollar el proyecto.

Los meses siguientes fueron un continuo ir de un lado para otro plantando, regando y vigilando árboles, hasta cubrirlo todo.

Cuando a la primavera siguiente, un día la princesa se asomó a la ventana de su palacio, se curó de su enfermedad.

Todos los campos estaban blancos hasta donde se perdía la vista. Llena de felicidad llamó a su marido gritando:

—¡Abdalá! ¡Abdalá! ¡Mira, está todo blanco, y que perfumada viene la brisa!

—Es para ti, mi amor.

La pareja se fundió en un abrazo y un profundo beso que duró hasta el final de sus días.

Con las almendras y las frutas hicieron dulces, pasteles y todo tipo de confituras, que fueron tan famosas que quinientos años después se seguían haciendo igual.

Desde aquel momento, la felicidad se apoderó del reino y ellos, junto a sus hijos disfrutaron de paz y prosperidad.

Ella también había tenido un final feliz. ¿Qué le pasaría a la princesa, moriría después que el emir, como le había ocurrido a ella?

Sus sirvientes y deudos la miraban, cada vez más sorprendidos, observando cómo cambiaba de expresión su cara, según el recuerdo que en ese momento cruzase por su mente.

Isabel, su ama de llaves, cuerpo cámara, dama de compañía, su única y leal confidente, se aproximaba a la señora y ofreciéndole una u otra bebida le hablaba al oído recordándole que era Beatriz de Salcedo, «la señora», la mujer más rica y poderosa del Perú y como tal, debía mantenerse. Ahora le había preparado una bebida de trigo fermentado. Beatriz lo tomó, el sabor le hizo recordar las palabras de su progenitor.

—Laila, mira que hermosos son estos granos de trigo —eran del doble de tamaño que los del resto de la cosecha—, siempre se han criado en la solana que hay sobre la era. Desde sus abuelos, ese trigo solo se había sembrado y recogido en esa solana.

La solana, donde crecía el trigo, era una ladera ligeramente plana a la que le daba el sol desde su salida hasta ocultar sus últimos rayos tras las montañas; un lugar que cuando llovía, la tierra roja retenía el agua durante días, y donde el viento siempre era una ligera y permanente brisa.

En aquella ocasión, su padre tomando un puñado de trigo lo puso entre sus pequeñas manos diciéndole:

—Recuerda siempre Laila, que esta es nuestra mayor riqueza, más rica y útil que el propio oro.

Ella no lo olvidó nunca y nadie sabe cómo, siendo ya «la señora» consiguió que ese trigo llegara al Perú y ahora, entre los españoles, se empezaba a conocer como el trigo de Beatriz de Salcedo, aportándole grandes beneficios a su hacienda.

Sus recuerdos espoleados por el dolor y la nostalgia, brotaban atropelladamente a su memoria reflejando inconscientemente en su rostro, el agrado o dolor que estos le producían.

Sin saber cómo, Pedro, el niño mestizo, apareció en la penumbra del regio salón con un puñado de hojas de coca que alguien le había ordenado traer. Ella le hizo una señal, y ahora sin dudarlo y sin que nadie se lo impidiera, se dirigió hacia la señora. Al llegar junto a ella, abriendo las manos, le ofreció la coca. Beatriz esbozó una sonrisa de ternura y le dijo:

—Cuando yo era como tú también cogía hojas —él la miró con ojos de sorpresa. No podía entender que la señora, a quien todos temían y respetaban, alguna vez hubiese sido niña e hiciese las mismas cosas que él.

—Las cogía para alimentar gusanos —le aclaró al cada vez más sorprendido niño.

—¿Conoces la historia del gusano que se transformó en mariposa y voló? —le preguntó, al tiempo que aproximaba a la inocente criatura hacia ella hasta rozar su cuerpo con una mezcla de amor y añoranza.

—¿Un gusano que puede volar? Sería un dios. ¿Tú conociste a los dioses que vuelan? —preguntó ingenuamente Pedro.

—No, eso son creencias —iba a decir paganas pero se detuvo— de la historia antigua, de los pueblos que vivían aquí antes de que llegasen los españoles. No, yo te hablo de una historia real que ocurre cada año.

—Cuéntamela —le pidió él, ajeno a la gravedad del momento.

—Verás, yo vivía en unas montañas en un país lejano; con mis padres y hermanos. ¿Recuerdas que te he hablado de ellos?

—Sí, de cómo cazabas pájaros salvajes.

—Efectivamente, pues bien, en esas montañas había unos ricos y frondosos árboles tan altos como esta casa. Daban un fruto dulce y sabroso llamado mora. Pero su riqueza era la hoja...

—¿Cómo la coca? —preguntó impetuoso.

—Bueno, sí, pero la tierna y jugosa hoja no la comíamos las personas. Nosotros comíamos la fruta, que mezclábamos con

un jugo de caña, caña de azúcar, y duraba todo el año. La hoja la comían los gusanos.

Pedro la miró extrañado ¿para qué querían darle hoja a un gusano?, ¡que se la buscara él!, pensó. Ella como leyendo su pensamiento, acarició su pelo y continuó:

—La mejor hoja, la que más gustaba y devoraban con más avidez los gusanos, era la que se recolectaba por la mañana; cuando empezaba a salir el sol, antes de que empezara a calentarse.

Mi padre y mi hermano Donato, aún de noche, bajo la luz de las últimas estrellas, aderezaban las mulas y les colocaban dos grandes serones.

—¿Qué son serones?

—Son dos alforjas gigantes, como las bolsas que utilizamos para guardar la coca, pero tan grandes que cabría tu mamá dentro.

El niño asintió con la cabeza y Beatriz continuó:

—Cuando estaba todo listo, nos despertaban a toda la familia y emprendíamos una larga marcha de dos horas. Mis hermanos y yo jugábamos junto a mi madre, mientras mi padre daba gracias —hizo una pausa— a Dios por el buen día que había amanecido; un día de cielo azul, limpio y despejado, preludio de un sol radiante que era la bendición de Dios para las cosechas. Mi hermano mayor le acompañaba en los rezos.

Cuando llegábamos por la estrecha vereda hasta los bancales, escalonados unos sobre otros, en la pendiente del monte, y contenidos por las pedrizas que nuestros antepasados habían construido y que mi padre y hermanos se encargaban, cada año tras las tormentas, de arreglar y mantener, se descargaba todo lo que las mulas llevaban encima. Mientras mi madre calentaba hasta hervirla, cebada tostada y nos daba a mis hermanos y a mí dulces de almendras y miel, mi padre marchaba a revisar los sangraderos, lugar de escape del agua de los bancales superiores a los inferiores, y las acequias por donde discurría el agua antes de entrar en los bancales para regar los árboles.

Mi madre nos daba a cada uno unas tijeras y teníamos que cortar los brotes y hojas más tiernas, procurando que no cayesen las gotas de agua que el relente de la noche había depositado, como preciadas perlas en el haz de las mismas. Cuanto más tiernas y frescas fuesen, más feliz se veía a mi padre.

Él y mi hermano mayor cogían las hojas más altas del árbol, mientras mi madre y hermanos pequeños cogíamos las más bajas.

Cuando los serones estaban llenos a rebosar, se colocaban sobre ellos unas jarapas de algodón, que previamente se habían mojado, cubriendo todas las hojas para que no les diese el sol.

Beatriz absorta en el monólogo de sus recuerdos, no se percató de que Pedro hacía tiempo que había perdido el interés por lo que ella contaba no entendiendo lo que hablaba la señora, miraba a su madre, que le indicaba que no se moviese de donde estaba. Mientras, ella continuaba con la narración.

En el regreso a casa, mis padres siempre caminaban junto a mi hermano, contando lo que harían o comprarían con los beneficios de aquella cosecha.

Al principio, yo no entendía aquellas conversaciones y trabajo, pero poco a poco fui siendo consciente de la importancia de lo que hacíamos.

Al llegar a nuestro hogar, en la planta de arriba, junto al pequeño cuarto donde dormían mis padres, separada por una cortina, había una gran cámara en cuyas paredes enjalbegadas con cal y azulete, que les aportaba un color azul claro, había colgadas redes que las cubrían en su totalidad y de las que pendían ramas secas. Todos los hilos de las redes y las ramas estaban llenas de millares de puntos negros, minúsculos como la cabeza de un alfiler, que al contacto de las primeras y frescas hojas parecían despertarse; transformándose en diminutos gusanos que a partir de ese momento no paraban de comer y crecer y que en menos de un mes pasaban a estar tan hermosos, gordos y sanos, que alcanzaban el tamaño de tu dedo —Pedro, al oír esto, se miró el dedo. Poniendo cara de asombro por el tamaño que po-

día alcanzar el anélido—. Devoraban día y noche toda la hoja tierna que se les aproximaba —continuó narrándole—. Era un hervidero de miles y miles de aquellos invertebrados que pronto obligaban a realizar dos recolectas de hojas al día, al amanecer y al crepúsculo.

Mi padre miraba orgulloso aquella masa amorfa de gusanos en continuo movimiento, exclamando:

—¡Este será un gran año para la seda!

Seda tan apreciada y cara como con la que ahora habían dibujado en un perfecto bordado, el escudo de armas del veedor Salcedo, en el almohadón donde reposaba por última vez la cabeza del ilustre finado.

Beatriz giró la cabeza contemplando el escudo en el que sobre fondo de hilo de plata, resaltaba la seda verde con la que había bordado el sauce y las panelas del sinople, troncal del escudo.

Tras un tiempo imposible de precisar, contemplando el cuerpo de su marido, volvió a girar la cabeza, y acordándose de Pedro, el niño mestizo, continuó:

—Cuando mi madre, que limpiaba y mantenía inmaculado el suelo de la cámara, retirando cualquier hoja seca o resto de nervio de hoja no comido, encontraba algún gusano muerto, llamaba corriendo a mi padre y miraban el tamaño, color de la piel y todo aquello que pudiera indicar por qué había muerto o si era el inicio de una enfermedad que pudiera afectar a aquellos valoradísimos anélidos.

Él, recuperado el interés, la miraba introducido en lo que parecía un cuento.

—Pronto, cuando los gusanos habían alcanzado la madurez empezaban a vomitar finos hilos de seda y dando giros sobre sí mismos se liaban en ellos formando un capullo. Era su casa para transformarse en mariposa. Lo realizaban con un solo hilo, que enrollado fuertemente, constituía una cápsula.

Cuando empezaban a aparecer los capullos, mi madre y mi hermana mayor, los recogían cada tres días y los hervían en una gran caldera de cobre un ratito muy pequeño, dándoles vueltas y moviéndolos constantemente para que todos tuvieran el mismo color; luego los sacaban y los ponían a secar para, finalmente, desliarlos uno a uno obteniendo el preciado hilo de seda.

En este periodo ya solo mi padre y mi hermano iban a traer las hojas de la morera. Las mujeres quedaban en casa seleccionando los capullos, recogiendo leña y haciendo el fuego para hervirlos. Cuando la primavera tocaba a su fin, antes de que las últimas hojas de los árboles se volviesen duras, mi padre daba la orden de que no se hirvieran más capullos y en unos días toda la red de la pared y ramas secas, estaban cubiertas de capullos que colgaban como frutas — se detuvo en la narración, como si dudara en contar algo. Momento en que Pedro preguntó:

—¿Y por qué no los cogíais? ¿Es que teníais muchos?

—No, esos eran los que se transformaban en maravillosas mariposas blancas como el terciopelo. Yo entraba cada día para ver cuando aparecía la primera. A aquel de todos los hermanos que la veía, le daban un alfajor...

—¿Qué es un alfajor?

—Un dulce de almendra, azúcar y miel que hacía mi madre para comerlos en las fiestas y bodas.

—¿Y tú sabes hacerlo?

—Sí, un día te haré para que los pruebes.

—¿Y qué pasaba con la mariposa?

—Eso era lo importante. En unos días todas las paredes de la habitación se llenaban de mariposas. Aquellos grandes gusanos que se habían liado en el capullo aparecían uno tras otro transformados en hermosas y blancas mariposas.

El niño la miraba con ojos de incredulidad, mientras ella continuó:

—En un par de días se juntaban unas con otras y aparecían miles de huevos que depositaban por todas partes; negros puntitos adheridos a las redes, a las ramas secas y allá por donde pasaba la mariposa. Y en unas horas todas morían —se detuvo en la narración y contempló los ojos de tristeza de Pedro.

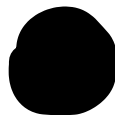
—Yo también me ponía triste, tenía ganas de llorar; pero mi madre siempre me decía igual: ¡Beatriz, es el ciclo de la vida! El año próximo todos esos puntitos, cuando llegue la primavera serán gusanos que nos darán seda.

Mi hermana y yo recogíamos una a una, todas las mariposas muertas y metiéndolas en una pequeña caja de madera, las enterrábamos detrás de la casa.

Giró la cabeza hacia el cuerpo frío de su marido y las lágrimas brotaron de sus ojos. Al aproximarse instintivamente el pañuelo, la joven india, sin mirar directamente a su señora, con el permiso del ama de llaves, se acercó a retirar a su hijo que se encontraba atónito junto al sillón.

—Ven, la señora está cansada —le indicó, al tiempo que lo retiraba.

El regio salón quedó sumido en un pesado y triste silencio. Solo el chisporroteo de los cirios en su continuo parpadear, lo rompía.



En la infancia de Beatriz no todo habían sido juegos y ba
no
cont
El
ando el Ca
ando a sus capitane
famil
ó, pues el
ados en aqu